

LA REVISTA

LITERATURA Y CIENCIAS



AÑO I—N.º 7

Montevideo, Abril 10 de 1900

TOMO II

SECCIÓN DE LITERATURA

MONTEVIDEO

(FRAGMENTO DEL LIBRO INÉDITO «MI TIERRA»)

He visto muchas ciudades que han nacido á la sombra de sus monumentos, se han agrupado en torno de ellos, y han conservado su viejo carácter feudal que constituye su encanto: Toledo en torno de su catedral y de su alcázar, Pisa arrimada á los cuatro monumentos de su plaza, original como ninguna.

En otras partes he visto construir monumentos para las ciudades; no para satisfacer necesidades, sino para darles esplendor, para combatir rivales; se ven hinchazones por un lado, depresiones por otro, desequilibrio y contraste. Es preciso guiar al extranjero, para que no reciba malas impresiones; mostrarle ciertas cosas, ocultarle otras.

Montevideo ha crecido y va creciendo como un organismo vivo y sano; la misma sangre circula por todas sus arterias. Nada hay que indicar ni que ocultar al viajero, porque todo está á la vista: es una ciudad transparente.

Y en eso consiste toda su belleza: no hay que buscarla en otra parte, no hay que hincharse como la rana.

Yo recorro á Montevideo encantado: de la plaza Constitución, paso á la de Independencia, hermosísima plaza en construcción, en la que ya se ha caído en la tendencia á la uniformidad, y en cuyos

portales, de columnas toscanas, se ha incurrido en el defecto garrafal de no poner un cornisamento clásico; veo el arranque de la calle 18 de Julio, que es una avenida triunfal hacia lo alto de la otra plaza en que yo colocaría el gran monumento de la apoteosis nacional: un arco, un grupo, un montón de recuerdos de piedra y bronce; miro hacia todos lados la variedad de horizontes que van apareciendo en el extremo de las calles que cruzo, y que se cortan en ángulo recto, horizontes siempre varios, siempre ricos de color y de línea; pueblo con la imaginación los sitios más hermosos: aquí una estatua; allá un arco que se recortaría como una gloria en el cielo azul; más allá una cúpula; veo así en mi imaginación la ciudad más hermosa del mundo. Me doy cuenta de las nuevas construcciones que se han realizado en mi ausencia; las miro como jalones de nuestra marcha hacia adelante, las examino, les doy la bienvenida a mi tierra, si son hermosas; y de todo esto me formo una impresión que quisiera consignar con fidelidad.

Montevideo reclama el concurso del arte. Como antes decía, la imaginación lo complementa y abrillanta; se anhela ver hoy lo que verán los que vivan dentro de cien años, cuando Montevideo tenga un millón de habitantes; pero a mí me produce, sin embargo, esta nuestra ciudad una impresión especial: me parece ver en ella algo así como el esbozo genial de un gran pintor: uno quisiera verlo perfectamente acabado, ajustados los tonos, terminado el dibujo, ejecutada en todos sus detalles la composición; pero al verlo tan hermoso, y ante el temor de que, al acabarlo, se debilite su totalidad general, su vigor y su frescura; ante el temor de verle perder la franqueza y la valentía de su carácter, casi se prefiere dejarlo estar tal como está: inconcluso, pero fresco y sugestivo.

Venga el arte, y vendrá seguramente, a acabar este encantador boceto de gran ciudad; pero ha de venir con dos condiciones: primero, no ha de arrebatárle su carácter arquitectónico: sus líneas rectas, sus aristas nítidas, sus techos planos, su arquitectura racional, impuesta hasta ahora por su desarrollo espontáneo; en segundo lugar, Montevideo debe decir al arte, por más rey que sea, lo que Diógenes al otro rey: ven, pero no me quites lo que no me puedes dar y constituye mi belleza: el sol, la luz, los horizontes.

Montevideo ha tenido desde su origen, y ha conservado, el mé-

todo de construcción y la arquitectura que le son propios, los que corresponden a su naturaleza y a su clima, y que son los más puros y hermosos: la bóveda en los grandes edificios, la construcción de azotea, de techo plano, importada del mediodía de España, de Sevilla, de Cádiz, en las de menos importancia. A eso se ha adaptado después admirablemente la arquitectura greco-romana que nos han traído los arquitectos italianos: las esbeltas líneas clásicas, los entablamentos de líneas rectas, las decoraciones sobrias de grecas y guirnaldas, los dinteles y frontones correctos, las columnas de los órdenes clásicos aplicados sin esfuerzo a las construcciones más insignificantes, y que son graciosas por la circunstancia de no estar aplastadas por las pesadas techumbres que exigen otros climas. La azotea, ligera y alegre, ha permitido, por el contrario, recortar la línea superior del edificio con pretilos y balaustres graciosos, que se proyectan con frescura en el cielo; lanzar al aire cornisas expresivas y nobles, balconajes llenos de relieve, un busto, una estatua. Sobre ellas se han podido levantar, sin esfuerzo, esos miradores cuadrados, de aristas rectas y sencillos cupulines, que tanto contribuyen a dar carácter y blancura a la ciudad.

Esa esbeltez de sangre griega es la que es preciso conservar. No nos dejemos dominar por el prestigio de las ciudades europeas del norte: si ellas pudieran tener nuestra azotea, la emplearían de mil amores. No hagamos como los niños que anhelan ponerse gafas.

Los techos plumizos abohardillados; los ojos de buey; los aparatos de techumbres oblicuas, que aparecen más arriba de las cornisas superiores en los edificios europeos, son impuestos por la necesidad, allí donde la nieve exige grandes declives para caer, o donde los enormes descensos de temperatura producen fuertes contracciones; pero eso no es hermoso: pesa, aplasta el edificio, arrebatada toda su nitidez a las líneas superiores, y da al conjunto de la ciudad un aspecto monótono y triste. ¡Cuántas veces he deplorado yo, al pasar frente al Louvre en París, que sus cornisamentos, sus frontones, sus estatuas, que son una maravilla, se proyecten sobre el fondo plumizo de los techos oblicuos que tienen detrás! Si todo eso se recortara sobre el cielo, como se recortan en Montevideo los más insignificantes detalles de modesta construcción!

Argel es la ciudad que tiene más analogía de construcción con Montevideo, porque su clima se lo ha permitido. Francia se ha guardado bien de llevar á su hermosa colonia la edificación de París; le ha conservado sus terrazas, sus pretilas, sus blancuras; no le ha arrebatado lo que no podía darle. Barcelona, que es un modelo de ciudad moderna en sus ensanches, sin dejar de ser una ciudad monumental en su casco antiguo, no ha abandonado la línea recta de sus techumbres.

Que no venga, pues, la bohardilla á echarnos á perder nuestro blanco Montevideo; que las líneas arquitectónicas clásicas, que en él predominan, no vayan á ser sustituidas por las de esa arquitectura híbrida que caracteriza la falta de creación artística y el anhelo de hinchazón de nuestra época. Nuestro siglo no ha creado una línea arquitectónica propia; y, en el deseo de originalidad forzada y de grandeza sin ideal que caracteriza tantas de las manifestaciones del arte contemporáneo, ha formado algo que podríamos llamar arquitectura *arqueológica*: ha pedido líneas á lo gótico, á lo románico, á lo árabe, á lo egipcio, á lo oriental, y levantado centones arquitecturales enfáticos que dan grima. De ahí esas cúpulas sin objeto que parecen tapas de sopera, esas torrecillas sin destino, esos abultamientos llamativos que no tienen más objeto que decir: mírenme; verdad que soy muy grande, muy raro?

Tu cabeza es hermosa; pero sin seso, decía al busto la zorra de la fábula. No estás en tu sitio, dice uno á la torre árabe sobre edificio del renacimiento.

La arquitectura, más que cualquier otro arte, debe ser racional: allí donde se puede obtener un resultado con una línea, no se deben emplear dos; una columna ó un arco deben soportar la gravitación de un peso proporcional; una cúpula debe tener un destino, aumentar la masa de aire del interior, dar luz, cerrar racionalmente un espacio vacío circular; una torre no ha de subir sin objeto. ~~Ha~~ ha sido la base de todos los estilos arquitectónicos. Así procedieron los griegos tomando sus líneas de la construcción primitiva humana; así los romanos y los bizantinos, cimentando sobre aquellas líneas la bóveda y la cúpula y el arco; así la edad media tomando del bosque su bóveda ogival, y del árbol su sonora torre aguda, símbolo de oración. Sólo nuestro arte contempo-

ráneo levanta cúpulas para no ser habitadas, torrecillas mudas y que no dan acceso á nadie, á las que nadie sube, arcos y columnas que nada soportan, y que son emblema de vanidad y de vida precaria y sin objeto.

Montevideo ha tenido ya algo de eso en épocas de hinchazón artificial, en que hacen irrupción las imitaciones de lo exótico á tonas y á locas: por ahí se ve un barrio de edificios abohardillados que ha quedado arrumbado; un enorme edificio del mismo género, que es un desentono en la blancura de la ciudad; que aplasta todo cuanto lo rodea, y que casi no hay que hacer con él; algunas cúpulas en los ángulos de edificios planos, y que nada cubren. Con muchos de esos adefesios que salpicasen la masa de sus construcciones, Montevideo perdería su nitidez y su blancura; dejaría de ser quien es. Y los que lo amamos, lo queremos, y no sin causa, tal cual es: la ciudad sincera greco-romana de las líneas rectas ingenuas, y de las amables blancuras deslumbrantes.

Juan Zorrilla de San Martín.

París, 1887.

ELEVACION

¡Despierta, corazón! La primavera
Se difunde otra vez encantadora
Como en los días de tu edad primera.

Hay derroche de púrpura en la aurora,
Melódico rumor en las colinas
Y espumas en la fuente bullidora.

Alegres, como eternas peregrinas,
Se acercan en confusos escuadrones,
Precursoras del sol, las golondrinas.

Palpitan con vigor las ilusiones
De hermosa brillantez y alas abiertas —
Germen oculto de celestes dones —

De par en par las invisibles puertas
Ábrelas el espíritu que canta
Sin recordar sus alegrías muertas;

Y cual rítmico son de una arpa santa,
Impregnado de luces y colores
El himno de los orbes se levanta!

¡Despierta, corazón! Te da sus flores
El ceibo que en las márgenes del río
Proyecta sus ramajes tembladores;

El lirio, su diadema de rocío,
Fulguración de luz inmaculada
Los infinitos mundos del vacío;

Y toda la creación electrizada,
Salmos, perfumes y matices rojos:
Ora contemples la extensión callada,

Ora te cerquen, sin causarte enojos,
Concepciones pristinas de otras horas,
Hay faltas de color para mis ojos.

Te arrullarán de nuevo seductoras
Y en ronda celestial las esperanzas
Que tanto, tanto, al disiparse, lloras;

Y con ellas también las remembranzas
De la ardorosa juventud, caída
En la noche sin astros ni bonanzas;

Porque la edad más pura de la vida
Quedó cual hoja que arrebató el viento,
En el concierto universal perdida.

Pasó la edad de virginal contento
Que al través de los tiempos centellea,
Cual hermoso fanal del firmamento.

Murió la virgen de pupila hebrea,
La de cabellos sueltos á la espalda
Y hermosa como Venus Citera.

Ya de la vida por la abrupta falda
No se verán de púrpura las rosas,
Ni las vides con hojas de esmeralda.

Ya no juego en las noches rumorosas
Ni me cantan los pájaros del nido,
Ni busco en los jardines mariposas.

La flor de la inocencia se ha perdido,
Como todos los sueños de los hombres
Que ruedan á los antros del olvido.

¡Oh, tiempo asolador! Por más que asombres
Los elementos de la estirpe humana
Destruyendo sus glorias y sus nombres,

Tú sigues con la fuerza soberana
Del airado *simoun* que en los desiertos
Sepulta á la indefensa caravana.

Tú no cesas jamás: tus golpes ciertos
Hacen que todo en la existencia muera
Bajo los cielos de esplendor cubiertos.

No hay poder que detenga tu carrera,
Porque eres sin rival, como el océano,
Que no tiene en sus ímpetus barrera.

Pero, no triunfas, no; luchas en vano
Porque flotan aún mis ideales,
Como la niebla en el confin lejano.

El tedio de las horas nocturnales
No ha desplegado para mí sus alas
Con franjas de colores infernales.

Mi pecho libre de protervas galas,
Vive contento con sus propias penas
Bajo el fulgor de las etéreas salas.

La savia juvenil hincha mis venas,
Me da sus notas íntimas la lira
Y regalan mi oído las sirenas.

Arde en mi frente, cual intensa pira,
La eterna sed del ideal supremo
Que allá en las noches de quietud me inspira.

Severo en el deber, ni el odio temo
Ni de los hombres el rencor me abate,
Ni aromas, vil, á los placeres quemo.

Amo la augusta inspiración del vate,
Y tengo en el naufragio de la vida
Mis cantos por trofeos de combate.

Oh, musa, de mi ser la preferida,
Con quien departe sus mejores horas
La virgen de mis sueños adormida;

Tú, la gentil que en el Parnaso moras,
De la paleta dame los colores,
Del sol la luz, del trópico las floras;

Y lejos de los falsos resplandores
De este siglo sin fe, que se derrumba
Minado por sus propios torcedores,

Cantemos con ardor, aunque sucumba
Falto de calma el corazón sediento,
Si salva los abismos de la tumba
El fénix inmortal del pensamiento!

Eugenio C. Noel.

Buenos Aires, Abril de 1900.

DE LA CELDA Y DE LA ALCOBA

Para Luis Berlioz.

Les beaux palais où sont les hetaires
Sveltes lys de Corinthe et roses de Milet.
Qui dans les bains de marbre, au son divin de lyres,
Lavent leurs corps sans tache avec un flot de lait.

Theodore de Banville.

La calle oscura, tortuosa, de una vieja villa española. Un muro del convento, un muro de piedras pardas y carcomidas, alzáse

recto é impasible manchado en trechos por la hierba casi negra y en un nicho vulgar una imagen descolorida alumbrada por una candelilla vacilante. Las rejas dobles sepulcran en misterio las moriscas ventanas y un árbol macilento apoya su cabeza enferma sobre las canales del tejado.

Del otro lado de la estrecha callejuela, el palacio de las hetairas: alzando la cortina de terciopelo granate, deslumbra el esplendor del salón, mesas de un solo ónix, estatuas voluptuosas, grabados pecadores, lámparas de hierro y vidrio de colores, y anchos canapés donde se extienden como panteras las modernas Magdalenas.

Hay cutis como afodelas, ojos que punzan y bocas que sangran: alegres y viciosos los compases de un galope riman con la salva de los corchos del licor.

Sor María de Dios, ceñido el velo sobre los ojos, en su fría y desnuda celda, apoyada en la ventana se desvanece ante el lujo de la cámara de amores donde África, de cabellera poderosa, de largo talle de flor, semi-desnuda, comienza su tocado.

Ser bella—dice la monja—amar! Mientras los perfumes extraños envenenan el aire y punzan los sentidos; agrandar los ojos vernellonar los labios, dar suavidad á las mejillas, azular las venas de las manos, erectar los senos para la noche sublime, cuando llegue el ardiente de músculos recios y raro fuego en la mirada, el que recoge en sus labios las mordidas de pantera en tanto la sangre va en las venas en loco tropel!.. (una campana débilmente suena las oraciones) ... pero tú, oh Cristo! que si es verdad en tus momentos de pasión viste llegar el día en brazos de Magdalena, tú, gran blanco lirio, castellano de la torre de acero de la continencia, casto como la luna, sálvame, no dejes que la pasión me sofoque y en la solitud de esta cárcel, se entregue mi bestia á excesos infernales, hiéreme con tus miradas, purifícame con tu aliento, y bendíceme con tu sonrisa, oh! tú, varón que supiste estrangular la hiena de la lascivia cuando predicabas la pureza en el barrio de las hetairas... (en la casa de las cortesanas, es-

truenda un vals galante, las risas cruzan como pavorosas de palomas, y África, enteramente desnuda, sonrosa su vientre y pone en las extremidades de los senos, dos toques de pintura escarlata...) su cuello es como el cuello de un ánfora, su vientre es un tapiz de seda, sus largas piernas son dos tallos hermanos y sus brazos, que anhelaría tener alrededor de mi cuello, son los pétalos blancos de esa gran flor. Pero yo, de veinte años, anémica, desco-



FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

lorida, sin rojo en los labios, sin esmalte en los dientes, desfallezco, me marchito, muero, á pesar de que mis senos son altos y mór- bidos, á pesar de que mi talle oscila en un ritmo de amor, á pesar de que mis brazos, á través del sombrío negror del hábito, cobran blancuras de aurora, blancuras astrales... (*Noche. La esquila ini- cia un doble lento, en la celda de sor María de Dios reinan las sombras y sobre el bajo y pobre lecho, la religiosa en un éxtasis voluptuoso, cruje los dientes y hunde la cabeza entre las colchas.*)

El respeto del silencio reina en la alcoba. Sobre un vaso de forma jónica agonizan orquídeas y tuberosas y del pebetero de

bronce, el humo de una pastilla de mirra, aroma con olor de pagoda.

África, la cortesana, alta como Salambó, hunde las miradas en las ventanas del convento y por el mal cerrado peinador, se ve la carne rosa de su vientre y la graciosa redondez de sus hombros de triunfadora.

Tranquilidad y misterio—murmuran sus labios—esa es la paz, el descanso, la plegaria. Bendita sea la oración que bate sus alas sobre la cabeza humillada, sea bendito el cilicio que horada la carne y ahuyenta la tentación. Un vaso de agua es el licor que lava el alma, un pedazo de pan es el manjar sagrado que puri- fica, mientras á los heridos pies del Cristo, desplomada y feliz, se ora por nuestros días de pecado, yo, tan miserable pecadora... (*de lejos surge una copla maligna, un pedazo de música lí- brica, de un ritmo sofocador, y las palmas ahogan el crescendo final*)... esa es la orgía que estalla, ahoguemos la tristeza en el carquesio espumante, yo fui buena, yo creía; pero mi carne era ardiente, necesitaba el abrazo que desploma, el gran momento donde se ve á través del placer que crispa la heroica cabalgata del Amor: recógeme sobre tu seno, bésame sobre los labios, y recorre con tu lengua de púrpura los íntimos sagrarios de mi feminilidad, deja que beba en tus miradas prometedoras la divina voluptuosi- dad... (*cerca, en la cámara vecina, vuelan los besos se y ahogan risas maliciosas...*) allá, tras los muros de ese convento, no hay pecados; allí no se sufre, todo es inocencia y candor místico; el blanco está en el hábito de las novicias, en la hostia consagrada y en el cabello del buen abate; Cristo de mis mayores ve á esta po- bre arrepentida... (*abajo continúa un vals sus escalas, vuelan los gritos, y África desvanecida, se adormila sobre una enorme piel negra, donde se destaca como una hermosa flor blanca, la bizarria de su cuerpo*).

Amanece. Una franja de una gama purpurina y anaranjado se ensancha tras la tapia del convento y un primer rayo de sol hiere la sacra cruz de hierro de la torre del campanario.

Tras las rejas de la celda, sor María de Dios lanza una última mirada á la casa de las hetairas, y entre un suspiro y una oración murmura:

—Esa es la dicha, esa es la vida!..

África, estirando sus brazos con gruñidos de pantera, recoge sus largas trenzas y hundiendo la mirada en la impenetrable reja del convento, murmura entre un bostezo y un sollozo:

—Esa es la dicha, esa es la vida!..

Francisco García Cisneros,
Cubano.

Nueva York, 1931.

EN BRAZOS DE MAB

Ya se pierde, ya se pierde, la legión de nubes garzas,
La legión de cien beldades, de cien hijas de Granville;
Ya se ocultan presurosas, sin herirse, entre las zarzas
Y á mis ojos va surgiendo nuevo cuadro
Sobre un fondo de alabastro y de marfil!

¿Hay frío? ¿Es una noche del crudo Junio?
La pradera está triste. No hay una flor.
Los árboles sin hojas, el plenilunio,
Baña de níquel con su brillor.

De gala está la Ermita, resplandeciente.
Alegre su campana parla un cantar.
Las lenguas de los cirios vierten luciente
Destello de oro sobre el Altar.

¿Por qué la mano trágica de la Amargura
Me brinda, hecho de sombras, negro bouquet?
¿Por qué huyen las libélulas de mi ventura,
Pétalos sueltos de rosas the?

Una novia se acerca. Vibra un arpegio.
La orquesta canta espléndido himno nupcial,
Los acordes de Wagner semejan regio
Canto de perlas sobre un cristal.

Es ella, sí, es ella, la desposada,
Mis ojos no se engañan, la han visto bien;
La desposada es ella, mi dulce amada;
Vi los azahares sobre su sien!

Va muy triste. Es la imagen fiel del quebranto.
En su pálido hay tintes vagos de azul...
¿Por qué va derramando furtivo llanto,
Como la novia de Lammermoor?

Apóyase en el brazo de un caballero,
De un caballero rubio de aire ducal.
Su mirar es un dardo fino y certero
Que abre en mi orgullo surco fatal.

Para aumentar las penas en que me anego,
La sombra de los celos me abrasa cruel,
Escanciando en mis labios gotas de fuego,
Gotas malditas de negra hiel.

La leve ala de raso de la Armonía,
Aduerme las torturas de mi sufrir
Y llega hasta mi oído la melodía
Como una estrofa de oro y zafir!...

Los ojos de mi virgen se posan en los míos
Y encuentro que esos ojos aún miran con amor!
—Volad, horas de sombras entre los brazos fríos
Del viento que deshoja, con asesinos bríos,
Las tristes margaritas de espléndido blancor!

Volad, que ya en los aires, del lírico poeta,
Se escucha la áurea estrofa magnífica vagar!—
El pobre caballero de trágica silueta,
Doblégase al impulso de cruel pena secreta
Y mudo se desploma delante del Altar...

Como el cántico de un arpa pesarosa,
Como el lánguido suspiro de una flor,
—Una grácil, una exangüe tuberosa—
Susurran sus labios la lengua de Amor!

Ya es mi esposa. Ya he besado su alba mano,
Alba y tersa cual su ramo de azahar...

Mas, ¿quién ríe entre los giros de aire vano?
¿Qué dicen las ondas cantando al pasar?

¿Qué nube me oculta su rostro de Diosa, más puro que un lirio?
¿Fué acaso mi dicha, visión que se esfuma, visión de un delirio?
¿Do está mi Princesa de labios de rosa, de rosa escarlata?
¿Huyó, envuelta en nubes, en blanca carroza luciente de plata?
La clámide negra del Rey del Misterio, me envuelve, me acosa!
¿Do está mi Princesa de boca escarlata, de labios de rosa?

Fueron rayos argentados de una efímera quimera,
Con que Mab, la buena Reina, mis tristuras endulzó.
Fueron regias pinceladas seductoras, de Hechicera
Fueron regias pinceladas, que evocaban
Remembranzas de Rubens y de Wateau!

Dulce Reina, dulce Reina, que en tu manto me envolviste,
Regalando mis sentidos con aroma de jazmín
¿Dónde está el azul consuelo de mi larga noche triste,
La mujer que con su acento remedaba
los gemidos armoniosos de un violín?

Alfredo Herrera,
Chileno.

1900 en Marzo.

BRONCE DE HÉROE

(ALEM)

Fué el héroe de los grandes arrebatos
y un bíblico titán sobre la roca.
Le dió su pedestal la plebe loca
y él quiso ser Luzbel y no Pilatos!

¡Oh ira de los Dioses! Sintió á ratos
graznar al ave que el abismo evoca,
y un Judas exprimió sobre su boca
el beso de los grandes insensatos!

Presintiendo el final de su tragedia
su vida le dió horror. Tal se remedía
el cáncer. con su vida hizo lo mismo;

y erguido sobre un solio de verdades,
desafió las compactas tempestades
y se hundió como un astro en el abismo!

Manuel J. Sumay,
Argentino.

Buenos Aires, Esto del 900.

LAS COSAS MUERTAS

A Enrique Saavedra.

Lucía se dirigió al despacho de su joven esposo, casi con alegre
impaciencia. Llevaba en la mano, sostenido por la larga cadena
que hacía jugar entre sus dedos, el llaverito de plata, en el que so-
naban armoniosamente las llaves de la caja de hierro.

Aquel impenetrable rincón, denominado la caja, era lo único que
había permanecido oculto á sus miradas desde su casamiento con
Armando; era el único recoveco de su casa que ella no conocía.
Cuando, después de haber pasado « la luna de miel » en el campo,
vino á la casa que Armando había arreglado para hacerla tranquila
y confortable vivienda matrimonial, ya la caja estaba allí—como
todos los muebles—severa, reposando firme sobre su pie, de roble
antiguo, como correcto centinela que se da cuenta de la importan-
cia de la misión que desempeña, haciendo brillar—destacándose
del bronceado oscuro de su fondo—las dos chapitas doradas que
ocultaban á las bocallaves y que parecían dos ojos dirigiendo una
mirada firme.

Aquel feliz día, él la había ido mostrando jovialmente todos los
muebles, delante de cada uno de los cuales se detenía para ponde-
rarlo ó para decir alguna broma, haciéndoselos ver de cerca y de
lejos, á todos los golpes de luz; — delante de la caja, sin embargo,
apenas hizo alto para decir, riendo:

—Esta, encierra todo el caudal que poseemos, en dinero y en títulos. Tal vez te parezca un poco pretenciosa sabiendo—como lo sabes—todo lo que forma nuestra fortuna hoy día; pero, ha de llegar un momento en que nos será demasiado pequeña; créemelo. Y ella, llena de feliz esperanza y alegría, se había apretado más al brazo de su marido—en el cual se apoyaba en ese momento— diciéndole, que no lo dudaba ni un segundo y que lo creía con toda la fe de una enamorada. Él siguió mostrándole detenidamente los muebles del despacho: las bibliotecas, atestadas de libros que indicó prometiéndola guiar en sus lecturas—que la servirían de entretenimiento en las horas que él, ausente, dedicara a su trabajo;—hízola el panegírico de obras y autores y mostróla, risueño, las novelas en las que había encontrado una «mujercita» un poco parecida a ella (sólo un poco, pues, ella era muy superior); obligóla a echar una ojeada sobre el escritorio, para que se diera cuenta del magnífico efecto que presentaba aquella amplia mesa de ministro, sobre la cual se hallaban: un hermoso busto en bronce del «manco de Lepanto», entre dos grandes candelabros—también de bronce—y libros de vistosa encuadernación, fotografías de algunas celebridades y de amigos, y algunas otras cosas más notables por su curiosidad o su valor. Y, por último, más allá, en un rincón, quiso que se detuviera para admirar aquella preciosa que hacía *pendant* con la hermosa papelería y que se hallaba entre dos altos y claveteados sillones de guadamaciles: era un vitrina gótica, de roble antiguo—como los demás muebles—repleta de pequeños objetos valiosos: recuerdos de familia que Armando fué enumerando. Armando sentía verdadera pasión por todas aquellas cosas, cada una de las cuales, despertaba en su alma al par que una historia, una serie de pequeñas sensaciones dulcísimas; y por ese motivo y por mantener un verdadero culto al pasado, era que amontonaba aquello, guardándolo muy cerca y a la vista.

En los primeros tiempos, todo eso la había hecho muy feliz a Lucía, semejándola que por aquellos objetos, por aquellas historias y por aquellas sensaciones se unía más a él, a quien siempre encontraba, a través de todo, cariñoso y bueno.

Hacia ya un año desde aquella primera visita al despacho.

Todo eso pasó, rápido, por la cabeza de Lucía, cuando a él se dirigió llevando en las manos las llaves de la caja.

Aquella tarde, Armando había tenido que salir apresuradamente y al despedirse de Lucía, recién había recordado que ese mismo día tenía que efectuar un pago; así es que, despojándose de las llaves de la caja, se las había puesto en su poder, recomendándola que, en el caso de que vinieran por el dinero, mientras él estuviera ausente, lo entregara. Y dándole un cariñoso beso de esposo amante, había bajado a saltos la escalera.

Lucía había quedado apoyada en la balastrada del vestíbulo, dejando vagar el pensamiento sin preocupaciones ni sombras; se mantuvo durante un rato, recreando su ociosidad, sonriendo imperceptiblemente, fijos sus negros ojillos picarescos en una varilla de la escalera; hasta que en un largo esperezo se arrancó de allí, y, dando una media vuelta, se vió de cuerpo entero en el espejo de la percha del vestíbulo, cosa que le dió motivo para entretenerse cinco minutos contemplando el magnífico corte del batón, color rosa pálido y adornado de blancas puntillas, que sin ceñírsele al cuerpo, dejaba aparecer las correctísimas líneas de éste, medio esfumadas y sólo acentuadas algo más, por los movimientos provocativos de ella; dió dos ó tres toques leves a su peinado sencillo, moviendo a un lado y a otro su cabecita de *madonnina*, hizo cuatro ó cinco monerías con la boca y con los ojos y volvió a quedarse pensativa, hasta que se le vino a la memoria la primera visita hecha al despacho y el antojo de curiosear lo que hubiera en la caja.

Tendría entretenimiento para un rato. Pudiera ser que allá hubiera algo bueno, teniendo en cuenta la afición por los recuerdos que caracterizaba a Armando; y, si bien él nunca había dicho que encerrara otra cosa que dinero y papeles de valor, no por eso podía dejar de haber algo olvidado. ¡Después de todo... cuando nada se tiene que hacer, las trivialidades resultan entretenimientos!

Llegó frente a la caja, abrió las cerraduras, tiró de las manijas y las puertas cedieron pesadamente, girando y chirriando en sus visagras y dejando escapar un penetrante olor mezcla de humedad y de pintura. En la base se presentaban cuatro ó cinco cajones; sobre ellos, a la izquierda, otras tantas pequeñas divisiones separadas por estantes, y a la derecha, un gran compartimento.

En los casilleros, sus manos y sus ojos curiosos, sólo encontraron grandes fajas de papelotes, en las cubiertas de los cuales, entre otras cosas, sobresalían, con grandes letras impresas, las palabras: « Juzgado... tal », « Juzgado... cual », « Testamentaria », « Escribanía... », « Partición... »; en otros, con letras manuscritas, « Vales »; había, además, vistosos papeles impresos como los billetes de banco, pero mucho más grandes: « Deuda... X », « Títulos... H », « Acciones del Banco B »... ¡Todo enojosísimo por su seriedad y aburridísimo por su incomprensibilidad! Apenas las miraba, cuando los volvía a poner en sus sitio, sacudiéndose las manos, como si todo aquello pudiera ensuciárselas ó inyectarla los microbios despreciables de la codicia.

Probó la llave que le iba bien á la cerradura de los cajones y mientras los abría pensaba:

—¿Será posible que el corazón de nosotras sea más complicado (pues lo dicen ellos), que todos los enredos de juzgados, escribanías, vales, acciones, títulos, negocios... por entre los cuales se desenvuelven los hombres, entendiéndolo tan bien? ¡Bah, bah! ¡Al fin, las complicaciones de nuestros corazones, son como las de esos salones de columnas formando galerías y multiplicadas por espejos!

El primer cajón contenía dinero: lo cerró de un golpe. El segundo, papeles, y también lo cerró, después de revolver un poco. El tercero, contenía una gruesa libreta de tapas negras, de marroquí. La sacó, abrió la tapa, y en gruesos caracteres vió escrita la pomposa frase de: « *Espejo de la memoria* », y en la página siguiente, con letra más pequeña: « Mis impresiones al leer esta libreta seis años después de escrita »; había más abajo, dos asteriscos y luego decía textualmente:

« Me siento conmovido hasta la última fibra. Me parece que en este momento (seis años después de los sucesos), vivo en el instante en que escribí esas hojas que siguen; me agitan los mismos sentimientos y llega á parecerme que aún eres tú, Rosario,—la heroína de mi tragicomedia—que aún eres tú, la que amo... »

—¡Diablo, diablo, diablo!—exclamó Lucía, medio en broma, medio en serio. Esto vale la pena—agregó.—Ya no se trata de dinero... Arrimó una silla y se instaló en ella, dispuesta á leerse

hasta el fin la gruesa libreta; buscó con su delicado, blanquísimo índice, de uña encanutada y del más puro color rosa, la palabra en la que había quedado interrumpida la lectura y continuó: «... que aún eres tú la que amo, que nada ha cambiado... ¡Sin embargo!... Ya no te deseo, no traiciono á Lucía—á la que amo con tan intenso amor cuanto es posible imaginar en corazón humano.—Lucía es hoy para mí lo sublime, lo único capaz de llenar por completo mi existencia. No quisiera que el pasado, que esta libreta relata—ese cruel pasado de dolor y de amor que junto á ti pasé, bebiendo hoy el licor de la vida en tus labios de fuego y soportando después los suplicios más horribles, fruto de tu desvío y de tu locura—no quisiera, hoy, tenerlo al frente, en vez de verlo hacia la espalda. Aquella parte, por sí sola, formaría una novela y debe ser inalterable. ¡Hoy soy feliz, y no empaña mi dicha su recuerdo! Por el contrario: le da más brillo.

« Tengo, en este instante, tu retrato entre las manos, el retrato aquel que te sacaste expresamente para mí, ataviada con aquel soberbio traje que llevabas la primera vez que te hablé y que fué y será tarde memorable. Nuestra conversación primera simboliza nuestros amores: Diez veces te adoré, otras tantas me sentí arder en ira para concluir sufriendo y muchas otras te miré con desprecio porque me creí superior á ti. Otra vez me he sentido asaltado ahora, al contemplarte, por un mismo pensamiento: « Si se pudiera abrir ese cerebro y ver lo que piensa!... Si se pudiera observar ese corazón y leer en él lo que le agita!... ». Aquello inexplicable, misterioso, que flotó siempre en tus pupilas fué el reflejo de tu alma.

« Pero, ¿á qué analizar, si tú ya no existes en el presente para mí? Si me he sentido conmovido al ver tu retrato y al leer lo que estas hojas dicen, ha sido porque todo eso es algo mío, porque á través de ellos me veo á mí mismo. Me han proporcionado una dulce impresión.

« ¡Lo pasado! ¡Con qué dulce cariño lo contemplo! Es mi vida, es lo mío, soy yo que aparezco en toda la carrera trazada, dejando en partes lágrimas ardientes, arrancadas por dolores menos intensos que los por ellas producidos al verterlas, y en partes las sonoras carcajadas repetidas de felices alegrías.

« La impresión que he recibido, ha sido como la de la llegada á una cumbre desde donde miramos la senda que nos trajo.

« Veo que, á veces, el camino recorrido fué recto, cómodo, alegre; cabañas medio ocultas entre bosques de sombras tentadoras, poéticas, me brindaban asilo de tranquila felicidad, donde soñé dichas eternas; más tarde se volvió empinado, árido, encrespado, casi inaccesible y tuve desfallecimientos producidos por el cansancio, el fastidio y la tristeza acongojante que parecían brotar en vez de plantas y de hierbas hasta de las rocas enhiestas; y observo que el buen camino y la felicidad estuvieron entonces á diez pasos de mí! Pero, ya estoy en la cumbre, y lo que he hecho es hermoso. Es así cómo lo quiero porque el recuerdo lo embellece.

« Lo único que puede odiarse del pasado, son las malas acciones; los dolores jamás!

« Yo lo amo por mí mismo, porque es mío; amo á todo lo que me perteneció, á todo lo que se acercó á mí, porque forma en mis recuerdos. Y por eso amo á Rosario, la del retrato, la de la historia, á aquella por quien sufrí. Te amo sólo en el recuerdo, eres de él y debes vivir para mí sólo en él; de todos modos ya no es á ti por ti, es á mí mismo. En el presente otra debe ocupar tu lugar, que arrancarla sería tan imposible y tan cruel, como quererte arrancar de mi pasado.

« ¡Y así marchó hacia la muerte!

« Todo pasa, y es locura querer detener ó pretender resucitar lo que ya no es del presente.

« ¿Te acuerdas cuando de mis labios caían, amorosas, estas palabras:—« ¡Mi amor es eterno! »? Entonces lo creía y lo sentía: aquel era mi primer amor! Confieso que el quedarme en él, habría sido concretarme al primer número del programa de la vida. ¡De la vida!, que es lo que más dura y que es la madre del amor, que muere, sí, pero cuando otro reclama su puesto.

« ¡Cómo sufrí por ti! Entonces creí que el mundo cerraba para mí sus puertas de oro y que quedaba condenado al dolor eterno.

« ¿Recuerdas que te dije que mi tortura era tu falsedad? Pues, mentí; no, no era eso: era tu abandono. ¡Yo te hubiera pedido de rodillas que me siguieras engañando, pero sin dejarme!

« Los sufrimientos por el amor son grandes y terribles, porque grande es la causa que los produce, pero, mueren al fin cuando el amor pasa, y sabiamente otro ídolo aparece suplantando al caído y otro amor nace poderoso.

« De ese nacimiento y de esa muerte, y de esas resurrecciones de amor es que se forma la vida. De eso está formado mi pasado querido, el pasado del cual esta libreta—á pesar de su título—relata sólo un poco, comparado con lo que guarda viviente, en todos sus detalles, mi fiel memoria. »

« El eterno pasado de Armando! ¡Sus cosas muertas! Sus amores que fueron... Era lo único que no le había oído contar nunca Lucía; lo único que ella ignoraba. Aquellas páginas que acababa de leer, escritas bajo la impresión de su lectura, eran el saludo que él les hacía; saludo de amigo... ¡no eran un adiós! Vivían en el recuerdo, donde él les mantenía un culto intenso, como á todo lo demás que formaba su pasado. Amaba á su niñez y á su juventud; amaba á sus novias, amaba á aquella Rosario y á todo lo que se le acercó y conociéndolo pasó á su memoria. La noche de sus bodas con Lucía, era venerada en su recuerdo, como lo era también aquella en que Rosario le dijo: « ¡te amo! ».

De los ojos de Lucía desapareció el rayo de felicidad y en su lugar se extendió un manto de tristeza; dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Por primera vez le pareció ver que Armando era un egoísta muy grande; le pareció que ella no era más que *una cosa* que pasa, destinada á proporcionar un placer que no perdura.

¡Pobre amor si dudamos de su duración!

El golpe era recio.

—¿Somos todos como él?—se preguntaba.—¡Oh! Yo no. Yo nada fuera de él tengo que amar, á mí nada me importa lo que fué; para mí, la vida sólo empezó desde que sentí que le amaba—á él, que ha sido el único—y todo concluirá cuando no pueda amarle más!

Algo la ahogaba, pero trató de sobreponerse para seguir la lectura, mas llegó á sus oídos el ruido que producía la lámpara de cristales de la escalera al abrirse y al cerrarse y luego conoció la

voz de Armando, que venía cantando alegremente. Guardó, entonces, la libreta y cerró todo

—Yo le amo y él me ama: esto es hoy; ¿para qué pensar en otra cosa?—murmuró tratando de olvidarlo todo y a pesar de que sentía que en su alma comenzaba una batalla.

Armando entró risueño y se dirigió hacia ella abriendo los brazos, y mientras la oprimía dulcemente, besándola amoroso, ella sentía allá, muy hondo, un gran frío; un frío tan intenso como si pasara por sobre su corazón una brisa de muerte.

Florencio Otero Mendoza.

Montevideo, Abril de 1900.

PAGINA

¡Triste es volver cuando entre gasas de oro
El sol de Agosto sin vigor se apaga,
Y los vientos del Sur barren las hojas
Y el polvo ensucia nuestras ropas blancas!

Cuando vemos que aún alegres siguen
La vida y el amor, ¡ay! cuánto amarga
Volver de lejos con la frente mustia,
Cansado el cuerpo y silenciosa el alma.

¡Adiós, señora mía!...
Ya nuestra alegre juventud se acaba,
Ya nuestros cuerpos libertinos no arden,
La copa en que bebimos quedó exhausta,
El arpa adulatora está sin notas
Y los amantes labios sin palabras!

Sobre el ardiente cirio
Sopló la fría ráfaga
Y quedamos á oscuras con el muerto
De nuestro corazón... ¿Por qué no cantas?

¡Canta, señora, la Canción del Odio
En tu lengua de amable cortesana,
Como la noche aquella en que bebíamos,
Devorando tus besos y mis ansias,
Y á los postres—¿te acuerdas?—faltó vino
Y yo puse mis lágrimas!

Adolfo García,
Colombiano.

Panamá (Colombia), de 1900.

BEBE

Para mi querido amigo Julio Herrera y Reissig.

Yo le veía á menudo, cuando, en mis paseos diarios, solía recorrer la playa. Era un viejecillo que, todas las tardes, se lo pasaba allí: pegado, adherido como un marisco al aterciopelado musgo de una roca. Muchas veces, el sol caldeaba sus espaldas; el mar, invadiendo sus pasados dominios, amenazaba mojar sus pies, y él permanecía allí, en el mismo sitio de siempre, con la vieja pipa humeando en la boca y los ojos fijos en la banda de chicuelos que, semi-desnudos y descalzos, ocupábanse muy formalmente en levantar montañas de arena, que luego desmoronaban con el pie.

¡Qué tipo más raro, el de aquel viejecillo! Invierno y Verano siempre vestía igual: camiseta de lana, oscura; pantalones amplios, inmensos, que cuando soplabla viento se le arrollaban furiosamente en las delgaduchas piernas, como se arrolla el velamen de un navío á los delgados mástiles, y gorrillo de hule con vicera, que dejaba asomar luengos mechones blancos, de una blancura de nieve. Sus ojillos grises, redondos, hechos á punzón, tenían algo de los del pulpo; y su enorme nariz curva, completamente roja, le daban el aspecto de un cangrejo de mar. Sin embargo, era un buen hombre; un ser inofensivo, incapaz de hacer mal á nadie.

Allí, junto á los acantilados, frente de aquella inmensidad plana, monótona, de aguas adormecidas, pisando la menuda arena de oro

que reverberaba al sol, el pobre viejo dejábase estar las horas enteras, absorto, mudo, pensativo, envuelto en las azuladas espirales de humo que se desprendían de su apesadumada pipa. A veces, sus ojos fijábanse con obstinada insistencia en el horizonte amplio y sereno, que en loca pasión, se abrazaba estrechamente al mar. Entonces su rostro adquiría muecas extrañas, gestos de dolor y de placer: todas las alegrías y todas las tristezas de un pasado que se evoca. No parecía sino que un mundo de recuerdos se agolpase de repente á su memoria, reminiscencias lejanas, que la inmensidad del Océano le trajera de allá muy lejos, en su sonoro oleaje, en aquel blando rodar de olas que venían á desflorar continuamente á sus pies, en cascadas de espuma, lamiendo las dentadas rompientes, las sombrías escolleras, los musgosos bajos de la desierta costa.

¿Quién era aquel hombre? ¿Cuál habría sido su pasado? Un deseo loco de hablarle me dominaba. Tenía interés en conocer su historia, su juventud, aquel lapso de setenta años que ya aplastaba á toda una existencia. Una tarde, entablamos conversación.

Buen tiempo, le dije.—Sí; excelente para navegar, me contestó; después de quitarse la pipa de los labios y de escudriñar con atención el horizonte límpido, sin una nube. Y, tras breve silencio, como observara que yo reparase en un chiquillo rubio y descalzo que muy cerca de mí se entretuviera en juntar chinitas de entre las charcas, el viejo balbuceó quedo y como si hablase consigo mismo:

—Yo también tuve uno así... Era más crecidito... cinco años... Le decíamos Bebe.

Luego, súbitamente, de un solo tirón, en un arranque de elocuencia inesperada, como quien deseara sacarse de sí un gran peso que ya le es imposible soportar más, el viejecillo contó su historia. ¡Oh! una historia muy triste, llena de lágrimas y de duelo.

Él, como acababa de decirme, allá en su juventud también había tenido un chicuelo así, una criatura adorable, un muñeco de cabellos rubios y de mejillas sonrosadas, de ojitos celestes y de manecitas muy pequeñas, con hoyuelos deliciosos. ¡Oh, qué hermoso era Bebe!, como le decían. ¡Bebe! ¡cómo sonaba á los padres este nombre! Entonces ellos vivían allá en una aldea próxima al Mediterráneo, y allí, lejos del bullicio del mundo, el matrimonio

era feliz. Durante el día la mujer ocupábase en los quehaceres de la casa, en tanto que el marido, fuerte y robusto, labraba la tierra, un pequeño huerto muy bien cultivado y muy bien atendido, donde nunca faltaban legumbres y algunas frutas. Luego, de noche, una vez ya puesto el sol, la paz de la aldea lo arrullaba todo. Hombres y bestias dormían, hasta que á la mañana siguiente los cantos de los gallos anunciaban de nuevo la próxima salida del sol.

¡Qué vida más feliz aquella! Una paz soberana, una tranquilidad realmente envidiable reinaba en el hogar de aquel joven matrimonio, que, sin luchas, sin ambiciones de ningún género, se consideraban dichosos cuando las cosechas eran buenas, cuando una mala lluvia ó una seca persistente no malograba el trabajo de tantas semanas de labor ruda. Ver crecer á Bebe, percibir de la tierra sus sabrosos frutos, constituía para ellos la mayor felicidad. A aquel lo idolatraban como se idolatra al hijo único, tan ardorosamente deseado; á ésta, como á una antigua conocida, buena y generosa, de cuyo fecundo vientre lo esperaban todo. Y así, en medio de esta existencia placida y tranquila, pasaron varias primaveras y Bebe cumplió siete años.

Pero, cierta noche de Invierno, tormentosa y glacial, en que el monótono caer de la lluvia sobre los tejados arrullaba dulcemente á la dormida aldea, á eso de la madrugada el padre despertó sobresaltado. Entre sueños había oído algo así como un silbido ronco é intermitente, que le produjo escalofríos. Entonces, presa de horrible presentimiento, lleno de ansiedad, temblándole las manos, encendió luz y de un solo salto precipitóse junto á la camita de Bebe.

¡Oh, qué angustioso cuadro! Lo que el pobre padre vió, lo dejó alelado. Sintió un gran frío en el corazón. Parecióle, que allá en sus venas, todo su sangre acababa de paralizarse; en tanto que un derrumbamiento inmenso, como algo así que rompiera, creyó percibir allá en lo más recóndito de su alma.

Bebe, yacía boca arriba, congestionado, enrojecido por la fiebre. Sus ojitos celestes llenos de lágrimas y expresando terror, parecían querer saltársele de las órbitas; y de su garganta no salía sino un silbido ronco y continuo, lleno de estertores, que hacía dilatar dolorosamente el pechecito como si fuera un fuelle. No hablaba, y sólo á ratos, llevándose las crispadas manecitas al cuello, lograba balbucear algunas palabras.

—Ma... má... Ma... má... me ahogo... me ahogo... Ma... má.

Desde el primer momento, los padres lo adivinaron todo. Bebe se moría; iba á morir sin poder balbucear más que aquellas mismas palabras, aquella dolorosa queja que á ellos les llegaba al alma.

—Ma... má... Ma... má... me ahogo... me ahogo... Ma... má.

Esa misma noche llamaron á un médico, el único que por allí había, y quien desde un principio empeñó en salvar al enfermo, recetándole muchas medicinas, muchos jarabes, muchos menjurjes. Sin embargo, dos días después y en una mañana de mucho sol, Bebe, en su camita blanca, quedóse de repente rígido, inmóvil, muy pálido. Había muerto.

Este golpe fué tan terrible para los padres, que pareció anonadarlos. Y, después, cuando Bebe se hubo quedado solo, solito para siempre, allí en el cementerio silencioso, bajo la húmeda tierra cubierta de césped verde que los parleros pájaros picoteaban, ¿qué vacío inmenso se notó en la casa! A cada instante, ellos no hacían otra cosa que llorar. En la comida, cuando se sentaban á la mesa apenas si les era posible probar bocado. Continuamente miraban el sitio en que Bebe acostumbraba á sentarse, y al no verle allí, ámbos rompían en sollozos con el corazón partido por tanto dolor. Luego, de noche, al recogerse, sus miradas se dirigían hacia el otro extremo de la habitación, y al ver la camita vacía, que con sus almohadas blancas y su colcha también blanca pareciera estar aguardando á su dueño, el llanto les subía nuevamente á los ojos. Muchas veces, en medio de sus dolorosos desvaríos, ellos creían que aquello no era sino un sueño, sí, un sueño, una pesadilla horrible, pero que ya había pasado; y trémulos, palpitantes de emoción, ora les parecía escuchar la voz de Bebe, ora sentir sus menudos pasos, ora verle entrar de regreso: pero, ¡qué horrible desencanto, qué realidad más fría y cruel! Bebe, se había ido, sí; se había ido para nunca más volver.

Cuando cumplió un año de la muerte de Bebe, ellos fueron á visitar su tumba. Era una mañana de Invierno, fría y sin sol. La nieve, lo cubría todo. Las tumbas, las cruces, los desnudos árboles, las viejas tapias, blanqueaban bajo el cielo lívido, impregnado de una tristeza infinita. Ni una sola hoja, ni una flor, ni la verde corteza de un arbusto, manchaban aquella gran blancura, aquella virginidad

de niño. Los pájaros callaban; el cierzo mugía tristemente, y sólo á ratos, un rayo de sol enfermo dejábase ver por entre el corro de apretadas nubes. Esa mañana, bajo aquel sudario, los pobres muertos debían sentir mucho frío.

En el cementerio, ellos buscaron la tumba de Bebe, y allí, arrodillados sobre la nieve inmacula, lloraron mucho aquel hijo ya perdido. Luego, seis meses después, la madre murió de dolor; y entonces, él, para olvidar, para adormecer aquella herida, acabó por alistarse como simple marinero en un bergantín que hacía la carrera á América. ¿A qué continuar un solo minuto más en su nativo suelo, allá en aquella aldehuela próxima al Mediterráneo? Ahora, la inmensidad del Océano, su tranquila grandeza, su enorme vientre nunca saciado, le llamaban. Partió; y esta nueva vida, ruda y laboriosa, llena á cada instante de penurias y de peligros, llegó á durar por espacio de cuarenta años: casi medio siglo.

De entonces aquí, él había viajado mucho, visto países nuevos, ciudades populosas, tierras que ni en sueños acaso él hubiera llegado á ver; pero aún conservaba fresco en la memoria el recuerdo de aquella visita hecha al cementerio, á la tumba en donde durmiera su querido Bebe. Aún creía ver el lívido cielo de aquella mañana hibernal, la blanca nieve blanqueándolo todo, borrándolo todo: extendiendo sobre la helada tierra su sudario de agonía, su túnica de castidad y de pureza. ¡Oh, era una mañana muy fría!...

Cuando el buen hombre hubo terminado su relato, bajó la cabeza y quedóse otra vez mudo é inmóvil, en su antigua actitud de marisco adherido á la roca. Densa nube de pesar parecía obscurecer su frente, mientras que sus ojos grises, velados por el llanto, miraban otra vez el horizonte inmenso, con ansiedad, con avidez, como si allá lejos, en lo rosado del crepúsculo, vieran reaparecer de nuevo la imagen adorada de Bebe.

Ya era muy tarde y pronto iba á ser noche. Un fuerte olor á marisco flotaba en el ambiente húmedo, y en las menudas arenas, en las transparentes charcas, en los tonos claros y brillantes de las jaspeadas rocas, había chispazos de oro; un cabrilleo vivo perforando las tinieblas crecientes.

El crepúsculo caía; un polvo gris, un vaho de sombra, iba palideciendo poco á poco al moribundo sol, que allá en el horizonte,

aún reverberó un momento á ras de las aguas muertas, para luego, como un monstruo herido, desangrarse en ellas hasta teñirlas de un rojo casi escarlata.

La brisa del mar oreaba los blancos cabellos, del viejo marino, que semejaban una nevada muy blanca, bajo la cual dormía todo un pasado.

Juan Picón Olavando.

Abril 5 de 1900.

RESURREXIT

A Luis R. Bona Z. en Santiago de Chile.

Que se estremezca la lira,
y del áspero cordaje
el bofetón del ultraje
arranque notas de ira;
ya es hora de que la espira
del incendio al cielo toque,
que el pensamiento derroque,
el mal que su vuelo priva...
¡Y baje el verso de arriba
con la pujanza del bloque!

Ya es hora que la mordaza
deje la boca que amengua,
y se desate la lengua
como una roja amenaza!...
Que escuche el Credo la raza
en el templo del trabajo,
mientras azota el badajo
la campana del jornal,
y una génesis social
hincha los senos de abajo!...

Ya es hora que del Derecho
enmudezca la teoría,
y á la prédica vacía
mate el asombro del hecho.

Ya es hora de que el estrecho
vate egoísta, no cante;
y otra canción se levante
más varonil y sonora
como si fuera una aurora
de la noche agonizante.

Ya es hora que salte el nervio;
y en el músculo que crispera
brille y retoce la chispa
de un sobresalto soberbio.
Que se enrojezca el proverbio
en la Biblia de la idea;
y al resplandor de la tea
comience la ceremonia:
¡Ya Ciro está en Babilonia,
y Tito junto á Judea!...

Ya se dilata el raudal
por el sendero remoto,
ya es tiempo que el terremoto
abra el cerro; y el erial
troque en tálamo floreal
su macilento terruño,
abra el valle y el desierto...
¡Que el progreso encuentre abierto
el paso á golpes de puño!...

¡Y el poeta? ¡Dónde muestra
sus viriles arrebatos?...
¡Por qué hipócrita Pilatos
lava ante el Justo su diestra?
Está sola la palestra,
no hay bronce en el tumulto;
y el bardo que guarda el culto
del pensamiento... ¡qué espera?
¡y así arroja su bandera
á las sombras del Insulto!...

Á la lucha. Que el poeta
para la acción, el primero,

muestre el nuevo derrotero
como el bíblico profeta.
Que en el combate sea atleta
y labrador en la paz,
que encauce el riego feraz
por la trillada campiña.
¡Y siembre y deje la viña
á los que vienen atrás!...

¡Y que no tiemble, ni calle
cuando la escoria social
en las mareas del Mal
á las cumbres avasalle!
¡Que su pujanza no falle!
¡Ni se amortigue su aliento!
y sañudo y turbulento
del Sumo ideal en pos:
¡descienda al Juicio de Dios
á vengar el pensamiento!...

La Plata, Febrero 1900.

Francisco A. Riu,
Argentino.

GISELDA

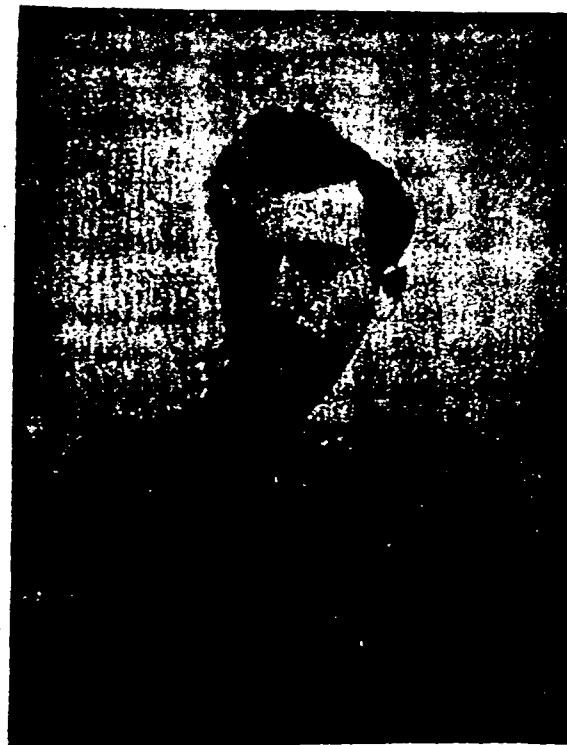
Aquella noche, momentos antes de comenzar la función dedicada á una sociedad de beneficencia, Giselda, con su traje de acróbata, y jugando con un latiguillo de empuñadura de oro, platicaba alegremente en su camarín, con un gomoso de *l'élite*.

Tony, desde lejos los contemplaba y sus puños se crispaban y su cara embadurnada de albayalde, se contraía á impulsos de secretos dolores, de tormentos atroces.

Allí estaba, ella, Giselda, la mujer que él adoraba con toda su alma, Giselda la que tenía la mirada melancólica y vaga y en cuyos ojos garzos se veían jugar las nostalgias de las noches deliquiosas; ella, la que tantas veces había rechazado su amor, su

amor gigante, no el del payaso degradado, sino el amor del hombre que se oculta bajo un frac ignominioso y tras un corbatón de escarnio.

Pensar que su Giselda pudiera ser de otro, imaginarse que otro hombre pudiera gozar con sus caricias y adormecerse entre sus brazos, lo enloquecía, lo cegaba y corría presturoso al circo, á aturdirse, á anonadarse con los golpes bestiales que se propinaba entre



CASIMIRO PRIETO COSTA

las carcajadas y palmoteos de los imbéciles que creían que Tony los divertía, que sus golpes eran dados para excitar la hilaridad de los tontos, para quienes él era muy feliz y no se imaginaban que se los proporcionaba para calmar los africanos celos que le mordían el alma, que se le enroscaban en su corazón y le desgarraban las fibras más delicadas.

¡Pobre Tony! ¡Cuánto sufría! ¡Cuántas veces en el circo, mientras el público reía con sus golpes y sus gracias, cuántas veces su corazón estaba destilando sangre y cuántas lágrimas se deslizaban cautelosas y avergonzadas por sus mejillas pálidas!

Giselda se despidió de su compañero, y sus labios de frambuesa se juntaron con los labios del feliz gomoso. Tony que los contemplaba sintió que una mano de hierro le oprimía la garganta, quiso correr para evitar el beso; ese beso que fué para él toda una revelación; ¡pero tarde! porque el beso ascendía majestuoso por los aires é irradiaba efluvios de perfumes voluptuosos y enervantes.

Al pasar Giselda por donde estaba Tony, éste le salió al encuentro, la increpó por lo que había hecho y le volvió á hablar de su amor, á ofrecerle su cariño tan puro como la luz del sol. Giselda incomodada, le pidió que no la molestase con sus continuas impertinencias, que ella no lo quería, que no podría ser nunca de él, porque él era un tonto, un imbécil, un Tony.

A Tony se le agolpó la sangre en la cabeza, tuvo intenciones de estrangularla, alargó los brazos para hacerle sentir el dolor que sus palabras le habían producido; pero Giselda, rápida, eludió el abrazo y con su latiguillo azotó despiadadamente la cara de Tony que bramó de dolor.

La función había comenzado; una concurrencia distinguida ocupaba las localidades; efluvios luminosos se expandían por la sala deslumbrando con fúlgidos destellos que se cortaban en las aristas de los diamantes y desparramaban luces de variados tintes; emanaciones de perfumes excitantes se elevaban conjuntamente con las respiraciones jadeantes de los hombres y con las ansiedades y temores de las damas, que veían trabajar á Giselda en su trapecio, haciendo ejercicios arriesgadísimos.

Llegó la suerte final, Tony ascendió á otro trapecio colocado frente al de Giselda, y en su rostro de estúpido se veía la marca del latigazo. Se sentó en el trapecio y su cara se iluminó con una sonrisa sarcástica, al mismo tiempo que dirigía una mirada de desprecio al gomoso, feliz amante de Giselda.

El momento de mayor espectación había llegado. Tony afianzándose con los pies en el trapecio quedaba suspendido en el espacio

y esperaba con los brazos abiertos á Giselda, que desprendiéndose del otro trapecio, después de ejecutar un doble salto mortal en el aire, caería exactamente entre los brazos de Tony.

Y así fué. Las respiraciones se suspendieron, las notas de la orquesta quedaron interrumpidas, y Giselda, soltándose de su trapecio hizo el doble salto mortal, cayó en brazos de Tony, quien en lugar de sujetarla, en lugar de sostenerla como otras veces lo había hecho, la dejó deslizarse entre sus brazos y Giselda desde una altura considerable cayó al suelo y se mató.

Un grito de terror se escapó de todos los pechos cuando resonó una estrepitosa carcajada en las alturas, y todos vieron á Tony sentado en el trapecio ostentando en su cara de estúpido el latigazo que Giselda le había dado.

Casimiro Prieto Costa,
Argentino.

Buenos Aires, Abril de 1900.

DE REQUIEM

Yo rezaba,
Yo rezaba arrodillado.
En las naves mucha sombra,
Mucha bruma allá en lo alto.
De los viejos ventanales
Por los vidrios azulados,
Como chorros cenicientos de tristeza,
Penetraban los reflejos del ocaso.
Una vaga muchedumbre,
Una vaga muchedumbre de fantasmas enlutados,
Sollozaban
De rodillas ante el túmulo fantástico.
Muchos cirios...
Muchos cirios apagados.
Las imágenes inmóviles
En sus fúnebres retablos.
En el féretro,
En el féretro, muy pálido,

Alumbrado por las luces
Que caían de lo alto,
Arropado entre la bruma,
Bajo el fúnebre sudario,
Aquel muerto misterioso
Descansaba en el oscuro catafalco.

Yo rezaba...

En torrentes de armonías y de llantos,
De lamentos y tristezas,
Desde el coro solitario
Los acordes del *harmonium*,
Descendían taciturnos y nostálgicos.

Yo asistía,

Yo asistía en el templo de mis sueños enlutados,
A los negros funerales
De tu amor que inspiró un día
Mis estrofas y mis cantos!

Raúl Montero Bustamante.

RIMAS

En un Álbum.

Tengo un cisne ideal, algo perverso,
que no quiere lucir sus regias galas,
que huye del lago cristalino y terso,
que pliega el abanico de sus alas
y, sin saber por qué, vive aterido
en lo íntimo de mi alma, donde, apenas
se sienten los rumores del quejido
exhalado en la noche de sus penas.

Ese cisne ideal de instinto hurafío
es el verso que escribo. No me engañó.

Vuélta á ti, niña hermosa,
para besar con sin igual ventura
esos tus labios que tñió la rosa
y esa tu frente alabastrina y pura.

El agente, motor del entusiasmo,
le ha dado cierto aliento de locura,
que burla la quietud de su marasmo

y se deja impulsar por sus anhelos,
6, diciendo mejor, por sus antojos
para admirar el cielo de los cielos
en el cielo sereno de tus ojos.

¡Ah pobre cisne mío; se subleva,
creyendo fácil la insegura ronda,
en pos de alguna esperancilla nueva;
ya morirá cantando sobre la onda,
pero antes de encontrar la eterna calma
en la perpetua luz de lo inmutable,
seducido del éter impalpable,
que pique, niña, en el azul de tu alma.

Sixto Morales,
Peruano.

Arquipo. Perú 1900.

SERENATA

Para Vidal Belo.

Por la curva del espacio, vagan luces fugitivas, de mil astros
engarzados en el manto de la noche, y en manojos tornasoles que
despiden sus facetas de diamantes, vibran rimas misteriosas al
unísono del alma. En las ondas perfumadas de las auras noctur-
nales, hay esencias de jazmines, de violetas y de azahares, que al
chocar sobre las frentes de morochas tropicales, llevan cálidos sus-
piros, que fusionan los perfumes de los nítidos azahares.

Mientras tanto, se oyen notas á lo lejos que semejan la ron-
dalla; y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila nave-
gando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana.

En la gótica ventana de una rústica vivienda, tapizada por
la hiedra y por ramos de heliotropos, una joven hechicera, de
blancura de camelia, sus dos grandes ojos negros los dirige allá,
á lo lejos, do parecen escucharse los tañidos de vihuelas, cuyas

notas plañideras al rodar por el espacio, traen recuerdos á su mente del doncel de sus ensueños, cuyas coplas ella entona, al compás de los latidos de su tierno pecho amante.

Mientras tanto, la rondalla se aproxima; y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila navegando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana.

Ya está frente á la ventana, entonando sus canciones, la rondalla que anhelante esperaba aquella joven, de blancura de camelia y de grandes ojos negros, de vivísimos fulgores que condensan en el alma del que tañe la vihuela, sus rosadas esperanzas.

La voz joven del que canta, las desdichas y las penas, del amor á que lo inspiran sus alegres serenatas y sus coplas amorosas, se agiganta, cuando suelta la mano alba de su anáda, un manojo de heliotropos y las cintas de su moño, como premio de sus cantos y sus coplas amorosas. Vibra entonces, con más bríos la guitarra; y se van los trovadores entonando la canción de despedida, mientras queda aquella joven en la gótica ventana de la rústica vivienda, y la luna, cual un cisne somnoliento, va tranquila navegando por el piélago zafíreo de la extensa esfera arcana.

Pedro Erasmo Callorda.

LAS SOÑADORAS

El alegre coro de muchachitas divinales, brincando, cantando, chocando mutuamente, y enseñando, al reir, pedacillos de perlas incrustadas en coral, dirigióse al extremo de la elegante galería, decorada con magníficos cuadros que representaban campestres escenas unos, y otros bellísimos perfiles de mujer, incitantes desnudeces, contornos adorables que recuerdos del paraíso traer podrían á la imaginación menos fogosa, porque lo bello atrae y subleva el espíritu: lo hermoso, lo edenal y prohibido despierta el deseo, hace palpitár fuertemente el corazón y trabajar el cerebro. Damas en ratos

de abandono tentador en sus retretes límpidos, tibios y perfumados, amantes en momentos de felicidad mutua; rostros sonrosados de tiernos infantes rubios y bonitos como Niño Dios; suntuosos edificios de ciudades europeas; buques gallardos é invencibles, en medio de horrífica tempestad, dominando el furor de las ondas marinas y la impiedad del tiempo... El venerable rostro de un *ecce homo*, coronado de espinas, con la vista elevada hacia el cielo, entreabiertos los labios, lívido el rostro, revelando en todo él ansia infinita de suprema angustia... Más allá el Calvario, el tétrico escenario de la redención humana: las siluetas de tres cruces destacan sobre aquel monte sombrío. La madre, el corazón traspasado por mil espadas de acerbo dolor, ahí está, al pie del simbólico madero del hijo moribundo que exclama en su agonía: *¡Perdónalos, señor!...*

Todo esto representaban los cuadros de aquella galería de mansión olímpica, especie de museo de pinturas, en la cual se ostentaban obras acabadas de artistas de ingenio. Allí lucían sus bellezas lo sagrado y lo profano, lo santo y lo malévoló, lo místico y lo mundanal: ¡el arte era siempre el vencedor!

—¡A ver!—exclamó de pronto María—sentémonos muy quietas que vamos á tratar sobre cosas importantes: ¿No han soñado ustedes nunca?

—¡Sí! ¡Sí!—apresuráronse á repetir todas—¿Quién no suele soñar alguna vez?

—Pues, miren ustedes, contémonos nuestros sueños, pasaremos momentos agradables, porque ¡se sueñan tales cándideces en ocasiones!

—Aceptado, repuso una niña de las del corro, empieza tú.

—Que rompa la marcha Dolores.

—Y yo—exclamó con viveza la interpelada—¿por qué debo ser la primera? Lo justo es que quien dió la idea comience á referirnos sus sueños.

—Así es, exacto—repitió aquel grupo encantador de aristocráticas señoritas.

—No habré riña por tan poca cosa, queridas mías—contestó graciosamente la promotora de la idea, y recomendándolas silencio comenzó:

Cierta vez soñé que me había casado; que mi esposo era muy gallardo, muy rico, y que me amaba mucho. Que pasaba vida regalada y era feliz en todo el vigor de la frase; que dos lindos niños rubios y hermosos como una ilusión, alegraban mi bendecido hogar... Como veis, mi sueño es albo y azul, todo espuma y esperanzas...

—También yo—exclamó Ana Rosa—he soñado cosas muy azules. Cierta vez soñé que un poderoso príncipe había solicitado mi mano, despreciando á una noble y bella dama de la corte; que fui reina y que todos mis súbditos me respetaban y querían. Cuando desperté y me vi en mi cama, os aseguro, amigas mías, que tuve un instante de suprema cólera. Jamás había soñado antes. Mi primer sueño fué espléndido; pero el despertar de aquella mañana fué y será tal vez el más amargo de mis años... El lindo príncipe, mi férvido esposo; la diamantina corona de reina que ceñía mis sienes; súbditos que me obedecían y respetaban; mi trono de divinal señora, adornado con sinnúmero de ópalos, perlas y brillantes de valor incalculable; mi regio séquito de damas de honor, preciosas mujeres que se postraban ante mí; el palacio de soberana en el cual vivía rodeada de placeres... ¡todo ficticio!... ¡Todo ilusión, fantasía pura obra de mi cerebro!—¿Verdad, queridas mías, que muy amargo fué mi despertar?

—Pero nadie ha soñado lo que yo—dijo la linda Dolores. He soñado que varios reyes se disputaban mi mano; y que desdeñosa y molesta, despreciaba á todos, colérica. Que un día todos mis pretendientes, que eran seis ó siete, vinieron á mí y suplicáronme que declarara á cuál de ellos prefería. Dad una gran batalla—les contesté, y el vencedor será mi esposo: amo al hombre valiente, al que sabe combatir, al que tiene un alma grande y noble... Amo tanto al hombre valeroso cuanto detesto al que rehusa un lance de honor. El chocar de las armaduras me encanta, el fragor de los combates me entusiasma, las campañas hácenme gozar. ¡Soy guerrera y desearía un Marte por esposo! Los reyes mirábanme absortos, embelados, llenos de estupor, admiración y respeto. La horrfica batalla fué dada, y hubo centenares de muertos; y todos los reyes en el afán de ser el vencedor cada uno de ellos; sucumbieron también en la demanda. Mi mano, pues, quedaba libre. Bien poco me importó la muerte de los reyes, á quienes yo no amaba. Años des-

pués—¡caprichos de mujer!—me uní á un joven y exquisito poeta que me robó el alma con sus cantos. Y disfruté luengos años de dicha, después de haber despreciado á siete soberanos.

Todo el alegre grupo femenino rió del estrambótico sueño de Dolores.

Cuatro ó cinco chiquillas más refirieron igualmente, á su turno, sus sueños. Todos ellos fueron sobre matrimonios, porque la mujer soltera sólo piensa en su porvenir.

La conversación estaba casi terminada, cuando acertó á pasar cerca del encantador grupo de bellísimas soñadoras Susana, la muchachita expósita. Viéndola María, llamóla y la interrogó:

—Dime, Susana, ¿no has soñado tú nunca?

—¡Cómo que no, señorita!—repuso la pequeña desgraciada lanzando un suspiro—anoche soñé que mi madre me besaba...

Al oír esto, bajaron la cabeza avergonzadas las elegantes niñas aristocráticas. Ellas sólo habían soñado glorias, noviazgos, grandezas, y... ¡algunas de ellas eran también huérfanas!

Alberto Arias Sánchez,
Chileno.

SECCIÓN CIENTÍFICA Y MILITAR

LA AMPLITUD PSICOLÓGICA

EN LA ORTODOXIA Y HETERODOXIA CIENTÍFICAS

(Conclusión)

Los sabios de la ciencia ortodoxa son mantenidos por el mundo oficial que primero fomenta y costea sus estudios, comparándoles más tarde sus lecciones en la burocracia intelectual de sus cátedras oficiales; esto les obliga implícitamente a la defensa de las ideas que tienen ya la sanción del pasado, convirtiéndoles en baluarte del misoneísmo. Es de notar, sin embargo, que su adaptación al desempeño de semejante rol dentro del movimiento científico no es tan violento como a primera vista pudiera parecer; los predestinados a esa orientación son precisamente aquellos estudiosos cuyos cerebros son más influenciados por cierta modalidad intelectual propia a los estudios oficiales, que encarrila la actividad de la psique hacia las tareas, intensas si se quiere, pero siempre orientadas por el surco anteriormente trazado. Es evidente que la resultante necesaria de esa acción es el unísono psicológico en la colectividad científica y la unilateralidad psicológica en cada uno de los individuos.

Por eso su labor es, siempre, labor más bien imitativa que integrativa; su misión es atenerse a las doctrinas que se ha convenido considerar buenas, sin agregar intuiciones propias que lejos de consolidarlas pudieran determinar su desintegración.

Los heterodoxos son, por tendencia, rebeldes intelectuales que han sabido escapar a la influencia perniciosa de la ciencia oficial, que se han confirmado en su rebeldía gracias a una educación libre, libremente dirigida según las naturales orientaciones del espíritu, con exclusión de todo rumbo señalado de antemano y sin ninguna fidelidad preconcebida como término de la labor conocitiva.

En éstos la labor es principalmente integrativa; subsiste la posibilidad de la imitación aplicable a todo lo que consideren bueno en las doctrinas anteriores, pero simultáneamente existe para ellos la posibilidad de agregarles toda nueva adquisición conocitiva y de modificarlas toda vez que una más exacta comprensión de los fenómenos sea posible, lógica y necesaria.

V. Las resultantes de la acción de esas tendencias divergentes son sustancialmente distintas; las conclusiones difieren, con frecuencia, y en algunos casos llegan a asumir caracteres eminentemente antagónicos.

Sencilla es la causa del hecho; ella nos dará también el criterio para estimar cuál de las partes contendientes tiene ventajas y cuál desventajas.

Los ortodoxos tienen sus puntos de vista preestablecidos y, por consiguiente, el vasto panorama de los fenómenos sociales no puede dibujarse en sus retinas más que por un solo lado; así el observador encarcelado en alta torre que pretendiera desde un punto fijo estudiar la vida interior de una inmensa ciudad: la visión analítica sería forzosamente deficiente, por cuanto cada objeto le sería visible solamente por uno de sus lados, sin que el otro se le revelara jamás, sin que los tejados le permitieran ver el interior de las construcciones y sin que su encarcelamiento lo dejara penetrar el misterio de los subterráneos.

En cambio los heterodoxos no tienen ningún punto de vista preestablecido; encaran los problemas por el lado que mejor les conviene para intensificar mayormente sus investigaciones, pudiendo ver el panorama desde todos los puntos de vista y estudiar la realidad en todas sus modalidades intrínsecas y extrínsecas; así el observador libre en una ciudad, que la recorriera libremente de uno a otro extremo, penetrando en sus viviendas, escudriñando sus tortuosidades, observando desde todas partes su visión de conjunto lo mismo que sus más finos detalles.

Mientras aquéllos están forzados a un conocimiento deficiente de los fenómenos, éstos pueden llegar a su conocimiento completo. Es así que para la ciencia de nada sirve contemplar el mundo desde la torre inmóvil del pasado: todo está animado por un perpetuo movimiento de evolución.

VI. Los portavoces del criterio científico oficial son fuerzas puestas al servicio del misonéismo, escombros arrojados entre el engranaje de la intelección del mundo y de la vida; los independientes son los heraldos del filoneísmo, fuerzas de génesis, de innovación, plétóricos de savia fecunda y revolucionaria.

De los unos la humanidad tiene muy poco que esperar; su función consiste, sencillamente, en impedir que la ciencia—tal como debe entenderse—plante sus estandartes más allá de donde al mundo oficial puede convenir que se planten. De los otros puede y debe esperarlo todo; ellos derribarán toda barrera que intente oponerse a la libre investigación de lo desconocido.

Y en esta lucha de lo que será contra lo que es, la historia infunde vigoroso aliento con el ejemplo de su curso lleno de sabias enseñanzas.

Ella evidencia que todas las doctrinas que han señalado orientación nueva al pensamiento han sido el producto de la heterodoxia científica, combatiendo al mismo tiempo la ciencia oficial y las instituciones sociales de su ambiente; ¿nombres?: Darwin, Marx, Lombroso,... citando solamente los más próximos.

Y también enseña la historia que todas las doctrinas innovadoras, cimentadas por verdades científicas independientemente constatadas, acaban por romper los viejos moldes del dogmatismo oficial, obligando a los sabios que tienen estrechos horizontes psicológicos y criterios científicos unilaterales, a reconocer las verdades constatadas por los que estudian con horizontes amplios y criterios independientes.

José Ingenieros.

RECUERDOS DE LA GUERRA

EN EL CAMPAMENTO

(Continuación)

II

A las 12, cuando ya el hambre hacía sentir su efecto, se vió un grupo de soldados al costado izquierdo del campamento que mira-

ban con avidez en dirección opuesta al rumbo que llevábamos en la marcha.

«Allá traen el ganado», dijo uno, señalando unas alturas un poco escarpadas. «¿Dónde?», preguntaron los demás. «Allá», repitió el soldado, «¿no ven?, fíjense por encima de aquella loma, dejando aquella tapera a la derecha, se ve venir, entre la cerrillada, la gente que lo arrea».

Todos dirigieron miradas escudriñadoras al punto que indicaba el compañero y pudieron distinguir un trozo de ganado que venía rodeado por una partida de caballería.

De esta partida se apartó un jinete y tomó la dirección del campamento, llegando al poco rato a la tienda del Coronel. Se apeó y dió cuenta al Jefe de su cometido, cuadrándose y haciendo con despejo el saludo militar.

«¿Qué tal es el ganado, Teniente?», le preguntó el Coronel.

«Es un ganado flor, Coronel; traigo, además, dos terneras excelentes, reservadas para V. S. y su Estado Mayor».

«Gracias, amigo Teniente», dijo el Jefe con amabilidad.

Entretanto el ganado avanzaba. El Coronel recorrió con la vista el campo exterior, y dirigiéndose luego al Teniente, le dijo: «Lleve el ganado a aquel bajo y espere al Ayudante encargado de la carneada y póngase luego a sus órdenes».

«Está muy bien, mi Jefe, ¿no tiene más que ordenarme?».

«Nada más», contestó él.

Montó en seguida en su caballo y al galope se dirigió al punto donde se encontraba el ganado y lo condujo al sitio elegido.

Eran las 12 3/4; el Coronel llamó al trompa de servicio y le ordenó que tocara carneada. Éste, que era un pardo joven, como de 22 años, robusto, con unos soberbios mofletes, hizo oír una aguda atención y el toque antedicho.

En las Compañías, los Oficiales de semana prepararon la gente nombrada para la carneada y marcharon al sitio donde el Ayudante encargado del *detall* hacía la matanza y entregaba a cada Cuerpo el número de reses necesarias para cada unidad.

Como había premura en el tiempo, la carneada se ejecutó lo más pronto posible. Llegada la carne al campamento de nuestro Batallón, se comenzó el reparto, se reavivaron luego los fogones y volvió de nuevo el aperital mate amargo a correr de mano en mano.

Nuestro Jefe había dispuesto pernoctar en ese campo y á la vez enviar una partida exploradora para seguir noticias del enemigo. Al efecto ordenó al Jefe de Caballería que tenía á sus inmediatas órdenes, que le mandara el Oficial más *vaqueano* que tuviera. Acto continuo se presentó un Oficial que vestía bombacha negra con franja mordoré, blusa militar, espada, botas y un gran sombrero de alas anchas con divisa.

Tan pronto como lo vio el Coronel, le dijo: «Ola... me alegro que lo hayan mandado, porque es vaqueano y ducho en estas cosas». «Sí, señor; á la orden de V. S.», contestó éste, que era un afamado Capitán, viejo campeón de nuestras luchas, lleno de sacrificios y reputado de valiente en todo el Norte del Río Negro.

Los que lo conocían afirmaban que era tan vaqueano, que en las noches oscuras y tenebrosas buscaba una cortada en la sierra ó una picada en el monte y no le erraba por *cuatro dedos*...

«Tome 20 hombres del Escuadrón de su mando», le ordenó el Coronel, «que va á desempeñar una comisión, en la forma que usted sabe hacerlo». «Sí, señor; daré cumplimiento», contestó el Capitán. «He sabido», prosiguió el Jefe, «que el enemigo está de aquí unas 8 ó 9 leguas y es preciso que usted me averigüe y descubra su posición y número, pues quiero batirlo mañana ó pasado á más tardar; quiero que me traiga un parte exacto».

El Capitán hizo un movimiento de cabeza en señal de acatamiento y, saludando militarmente, se retiró en busca de su gente.

Al poco rato se presentó de nuevo con sus 20 hombres armados de carabina y sable y una buena cantidad de munición; cada soldado llevaba un caballo de reserva, provisión de carne asada, tabaco y yerba. El Capitán se acercó al Coronel, hablaron algo en secreto, dió media vuelta, montó á caballo y, poniéndose al frente de su tropa, mandó: «De á cuatro al frente, al trote, marchen».

Los soldados ejecutaron el movimiento y, saludando á sus camaradas, fueron perdiéndose entre la cerrillada que rodeaba completamente el campo.

Luego que en el campamento la tropa hubo churrasqueado, y como se había dicho que iban á pernoctar, algunos soldados se entregaron al descanso, mientras otros departían en grupos, haciendo comentarios sobre la campaña que habían comenzado y relacionándola con otras en que ellos habían actuado.

Así transcurrieron las últimas horas de sol de aquella hermosa tarde de Otoño, hasta que el clarín se hizo oír con el toque de *llamada*. Nunca, en aquella apartada región, se habían oído tal vez, á la caída de la tarde, ecos tan guerreros, que iban corriéndose por el monte, para perderse en una sierra que se veía de allí como una nube que se levantaba del horizonte.

Las Compañías formaron para pasar lista; se llevó el parte y se indicó luego el toque de *oración*. El 2.º Jefe, que presidía la lista, mandó al Batallón echar armas al hombro y la banda entonaba aires de música sentimental; los soldados elevaban sus preces al Creador y al Santo de su devoción, evocando un recuerdo á la madre y demás seres queridos que dejaron en el hogar y que muchos de ellos, tal vez, no volvieran á verlos...

Terminada esta ceremonia, se tocó *retirada* y cada uno se retiró á su *ranchito* para dejar su armamento, volviendo nuevamente al fogón y esperar la retreta.

En la guardia se dobló la vigilancia con mayor número de centinelas y el Comandante de campo ordenó que en cuanto oscureciera se apagaran los fogones y se guardara silencio. Se tocó *retreta* y luego salieron las patrullas de vigilancia exterior y los rondines de seguridad, pasando la palabra los centinelas con un pequeño golpe con la mano en la culata del fusil.

Eran las 12 de la noche; un profundo silencio reinaba en el campamento y una densa oscuridad envolvía al campo.

De pronto un centinela, apostado en un flanco del Batallón, llamó al Cabo y le dijo: «Siento un tropel como que viene gente á caballo». «¿Para qué lado?», objetó el Cabo. «Aquí, al Sud donde gritan los terutereros».

El Cabo, que era un hombre como de 30 años, criado en nuestra dilatada campaña, conocía bien esta seña, que cuando gritan los terutereros ó el chajá, bien anda gente ó algún zorro ó zorrillo. Aplicó, pues, el oído al suelo y sintió el trotar de un trozo de caballos.

Acto continuo, dió aviso á sus superiores de la novedad que ocurría. La guardia se preparó, y como no se esperara gente alguna, á no ser la partida que había salido, se despertaron por vía de precaución, á las Compañías y tomaran en silencio las armas y esperaran órdenes.

El grupo avanzaba y en la oscuridad de la noche pudo distinguirse, como á doscientos pasos del campamento, un Escuadrón de caballería.

Una vez advertida la presencia de esa tropa, la centinela gritó: «¡Haga alto!... ¿quién vive?». «Patria», contestó una voz robusta y enérgica.

«¿Qué gente?», interrogó la centinela.

«División Departamental de Caballería», contestó la misma voz anterior. El Cabo avisó al Oficial de la guardia, quien, con autorización del Comandante de campo, ordenó al Sargento que reconociese esa fuerza como correspondía.

Practicado el reconocimiento, se dió cuenta al Jefe, que era el Capitán que volvía de su comisión, y aquél ordenó entonces que se franquease el paso.

La partida echó pie á tierra cerca de la tienda del Coronel y el Capitán se presentaba lleno de contento y satisfacción, dando cuenta detallada de la exploración que había llevado á cabo cerca del campo ocupado por el enemigo.

Volvió la calma á reinar en el campamento, y las Compañías se entregaron al descanso, dejándose oír, de rato en rato, el golpecito que las centinelas daban contra las culatas de sus fusiles, en señal de alerta.

Montevideo, Abril 1.º de 1900.

Pedro Pérez,
Subteniente.

(Continuad).

NOTAS DE REDACCIÓN

Alfredo Herrera. Es chileno. La producción con que se inicia en las páginas de nuestro quincenario, sorprende por el sello de originalidad que reviste y por las imágenes exuberantes de colorido que resaltan en la hermosa poesía, cual chispazos de facetas policromas.

Herrera se ha dado á conocer favorablemente en varias publi-

caciones americanas, destacándose siempre con rasgos propios, su individualidad literaria. «En brazos de Mab», merecerá, estamos seguros, los más sinceros plácemes de nuestros lectores.

Adolfo García. Es colombiano. Acompañada de una expresiva carta hemos recibido la delicada poesía con que adornamos las columnas de LA REVISTA. En aquélla promete obsequiarnos, el amable literato, con varias composiciones que llamarán la atención de nuestros lectores, pues vendrán suscriptas por varios de sus amigos que tienen ya conquistada justa nombradía en la literatura del Continente.

Gracias, compañero, y usted visítenos á menudo.

Sixto Morales. Es peruano. Ingresa desde hoy en la fila de nuestros colaboradores con la hermosa poesía que lleva por título «Rimas». Nos congratulamos por la visita del distinguido poeta, é instámoslo á que enriquezca, con sus vívidas, filigranas el florilegio de nuestro periódico.

Entre los hermosos trabajos que aparecen en el presente número, llamamos la atención sobre la nueva primicia con que nos ha favorecido, el eximio autor de «Tabaré».

«Montevideo», es la continuación del trabajo que con el mismo título apareció en el número 1 de LA REVISTA, correspondiente al año que corre, y que fué tan admirado; transcribiéndose en varios diarios y periódicos de ambas orillas del Plata.

BIBLIOGRÁFICAS

Anuario Estadístico de la República Oriental del Uruguay— Con un bien escrito prólogo de Pablo V. Goyena y ricamente impreso por los talleres de «La Nación», ha aparecido el libro XV de este anuario.

Como siempre, la susodicha obra viene repleta de interesantes datos, que son de suma utilidad tanto para el comerciante como para el industrial así como para el hombre de ciencias.